



Pupila abierta

Joel del Río

Santiago Álvarez fue uno de los mejores cineastas del mundo. Y se dice rápido y fácil. Lo único que molesta es tener que usar el pretérito para referirse al hacedor de una obra siempre experimental, pletórica de aquella inmediatez que atisba el porvenir, con ese oficio de profeta atribuible sólo a los grandes artistas. Al igual que su maestro Joris Ivens, concibió cada documental como la fórmula para descubrir algo nuevo, laboratorio de movimientos, tonos, formas, contrastes, ritmos...

Para hablar del creador de *Ciclón*, *Now!*, *LBJ*, *Hanoi*, *martes 13 y 79 primaveras* habrá que recurrir a superlativos que no siempre explicitan lo que significa, en esencia, clasificar en la elite del cine-testimonio mundial, junto a Robert Flaherty, Dziga Vertov o Chris Marker, entre los más descolgantes realizadores de un arte que comenzó precisamente así: con los hermanos Lumière abriendo el objetivo de la cámara frente a la realidad convocadora.

Intuición e impecable olfato periodístico aparte, Santiago Álvarez vino a ser, durante cuatro décadas nuestro cronista mayor, el fabricante de caleidoscópicos collages, el pintor atento, irónico o estremecido, presto a ilustrar impresionantes murales, fragmentos de vida, con la nerviosa pincelada de su fotografía y edición. (El *Noticiero ICAIC Latinoamericano*, del cual dirigiera 600 ediciones, no sólo sentó cátedra y fundó escuela, también redactó la historia de un país en Revolución, como noticiario modélico, fiel a ese inveterado sentido de lo actual y a una capacidad comunicativa de antología).

Corresponsal de guerra en Vietnam, Kampuchea, Chile y Angola, tuvo la oportunidad de conocer y entrevistar al Che y a Fidel, a Ho Chi Minh, Salvador Allende y Agostinho Neto. Ocupado con gozo y tenacidad, desde que llegó al cine, en 1960, en atrapar para siempre los rostros, el movimiento y la palpitación de la existencia que en cualquier parte del mundo grita, estalla y se niega a permanecer cabeza abajo; Santiago acertó a cronocar con inefable puntería justo los instantes y los sitios donde tenían lugar las catarsis mejoradoras, donde se percibían plenitudes, sacudimientos, o se urdía el camino posible, fecundo.

Además de pulsar como ningún otro cineasta de su época, el acontecer noticioso mundial, con la autoridad que confieren sólo el rigor, el compromiso y la destreza, en sus mejores obras diseñó un lenguaje verdaderamente paradigmático por su claridad, hábil montaje e inteligente empleo de la música.

Muchas veces se le adjudicó la paternidad del video clip (después de las excelencias expresionistas de *Now!*), más que eso permanece inestudiado a fondo el uso polisémico con que incluía la música, ya fuera cual comentario irónico, apoyatura dramaturgica, sustituta del texto hablado, plataforma para desplegar analogías y asociaciones que abrían su abanico desde Pérez Prado y Los Beatles, pasando por Víctor Jara, Miriam Makeba, los clásicos o la música norteamericana, sin fronteras ni prejuicios.

Su cine siguió un único itinerario de ida y vuelta a la contingencia, pero se las arregló para recomponer o reintegrar artísticamente mundos y gentes del modo más feliz, que para él siempre fue, también, el más humano. Su rúbrica quería decir sinceridad persuasiva, inspirada pasión, pues nada existe que inspire más y persuada mejor que hacerse absoluto cómplice del ansia fervorosa de vivir y fundar, detestando a la par la sed destructiva, expoliadora y decadente de unos pocos.

"No hay por qué negar el carácter panfletariamente ideológico de su producción — afirma el crítico brasileño Amir Labaki en *Un libro para Santiago* — sin embargo la riqueza estética del conjunto de sus filmes, donde se destacan notables innovaciones en la narrativa, lo hacen trascender y son una marca fundamental de su creación."

Santiago Álvarez nunca intentó disimular la verticalidad de su compromiso. Sólo se preocupó por avisar, alertar en letras rojas, escribir en imágenes fulgurantes, que el mundo debía cambiar en favor de los oprimidos. Si a tamaña vocación de altruismo y trascendencia algunos quieren llamarla panfletaria, estoy seguro que Santiago asumiría con gusto el epíteto.